



Año Internacional Familia

Familia TV: «LOS PICAPIEDRA»

— Marta Azcona —

La serie, dirigida y producida por Hanna-Barbera— autores a su vez de el Oso Yogui, Los supersónicos, Maguila Gorila y Scooby Doo— ha cumplido recientemente su treinta y cuatro cumpleaños. Seguida en su día por 77 millones de americanos, «Los Picapietra» gozaron en España de un gran éxito de audiencia, permaneciendo en la programación infantil de TVE temporada tras temporada.

Hoy la popular serie de animación se beneficia además del enorme lanzamiento publicitario que Hollywood ha hecho de la versión cinematográfica, con actores de carne y

hueso. Los seguidores de Pedro, Pablo, Betty y Wilma se multiplican día a día y entre los más pequeños, la fiebre del «Yaba daba doo» se ha convertido en una auténtica epidemia.

Pocas son las ocasiones en las que los padres suelen recomendar o incluso sentarse a ver con sus hijos una serie de televisión de la que ellos mismos hayan disfrutado en su niñez. La voracidad del medio carece de límites y exige constantemente nuevos productos que supuestamente satisfagan los intereses de la audiencia y reflejen los continuos cambios sociales, culturales y estéticos que se producen en nuestra sociedad. Los programas aparecen y desaparecen a velocidad vertiginosa en la pantalla de nuestro televisor sin que a menudo nos dé tiempo siquiera a saborear-



los. En medio de esta vorágine consumista queda, por lo general, poco espacio para la nostalgia, aunque a veces los programadores tienen a bien hacerle un hueco y recuperar para las generaciones más jóvenes personajes y aventuras que en otro tiempo hicieron las delicias de la audiencia, historias animadas de ayer y que hoy se consideran clásicos de la animación. Entre el aluvión de personajes de nueva creación, que protagonizan las más de sesenta series que emiten en la actualidad las cuatro cadenas nacionales, destacan viejos éxitos del pasado como Tom y Jerry (en TV1), «El pájaro loco» (TV2), y a ese conejo cincuentón de la Warner Bros (TV1) llamado Bugs Bunny que llegó a ganar un Oscar y es poseedor junto a Mickey Mouse de una codiciada estrella en la Avenida de la fama de Hollywood. De la gran lista de

ausentes hay que tachar también a «Los Picapietra», que, desde el pasado verano, se han incorporado a la programación matinal de los sábados de Tele - Madrid.

EL LUGAR DE LA MUJER ES LA CUEVA

Pese al tiempo transcurrido desde su creación, Los Picapietra conservan intacta la frescura y la capacidad para entretener al espectador con unas historias en las que se da rienda suelta a la fantasía, la ternura y el humor. El mundo troglodita de «Los Picapietra» es, sobre todo, una recreación del estilo de vida americano, que hoy ya es

lo mismo que decir que el estilo de vida de casi todo el occidente capitalista y democrático. En esa prehistoria que nos presentan, los dinosaurios han sido domesticados, los depredadores exterminados de la faz de la tierra y la naturaleza desposeída de sus dientes y uñas. O sea que la subsistencia de Pedro, Pablo, Betty y Wilma no depende ya de los cambios de humor de la madre naturaleza ni tampoco de la destreza o el ingenio que nuestros héroes tengan para cazar o para evitar «ser cazados». Para hincarle el diente a una buena chuleta de mamut basta con abrir el frigorífico o con salir a cenar a un restaurante. Naturalmente, llenar el estómago cuesta un pico. Y protegerse del frío con unas pieles, mantener un automóvil, jugar todos los viernes a los bolos y tener una cueva alicatada hasta el techo en la que no falte ningún elec-

trodoméstico, por rudimentario que sea, también. Así que, para disfrutar de todas las ventajas y comodidades del estado del bienestar, a Pedro y Pablo no les queda más remedio que acudir todos los días a una cantera para ganarse el pan —el suyo y el de sus respectivas esposas— con el sudor de su frente. Y es que, en «Los Picapiedra», la distribución de roles se ajusta a ese modelo tradicional, que ha perdurado a lo largo de los siglos, en el que el hombre tiene la responsabilidad de trabajar fuera de casa, de sostener a la familia con su salario, en tanto que la mujer asume la responsabilidad de las tareas hogareñas.

Betty y Wilma, se quedan, pues, en la cueva dedicadas a tiempo completo a su cuidado. Ambas son dos magníficas esposas y amas de casa cuya prioridad consiste en hacer fácil y agradable la vida de sus cónyuges. Aparte de los pequeños e inevitables roces que se producen en toda convivencia, la vida familiar de «los Picapiedra» transcurre feliz porque cada uno asume su papel y se esfuerza por interpretarlo lo mejor que puede. Los problemas empiezan cuando a Betty y Wilma se les ocurre responder a un anuncio del periódico en el que se ofrecen grandísimas facilidades para abrir un negocio. No sólo las mueve la posibilidad de ganar algún dinero y poder contribuir así a la economía familiar, sino también el deseo de escapar de la monotonía de las tareas caseras, recuperar su autoestima y enriquecer su existencia. La decisión de las dos mujeres, sin embargo, es el detonante de una crisis familiar: Pedro y Pablo consideran que es responsabilidad exclusiva de los hombres sustentar económicamente a la familia, debiendo las mujeres relegar sus intereses profesionales en favor de sus maridos. «Las mujeres», dice Pedro, «nunca están satisfechas: en lugar de contentarse con hacer la casa ahora quieren además prosperar fuera de ella. Esto es un chiste».

EL ARO DE LA HISTORIA

Lo que Pedro Picapiedra considera un chiste, hoy constituye sin embargo, una realidad: el acceso masivo de las mujeres al mercado laboral es el cambio más espectacular experimentado por la sociedad occidental en el último cuarto de siglo. Hace apenas 30 años la única opción que había en el horizonte femenino era el matrimonio. Casarse era para las féminas una manera de asegurarse un lugar respetable en el mundo, un medio de integración social. Educadas para permanecer fieles a una tradición que percibía el mundo laboral como algo exclusivamente masculino,

las mujeres renunciaban a ejercer una ocupación laboral —y de paso a la independencia económica— y se entregaban en cuerpo y alma al cuidado de la casa y de la familia.

Este modelo de matrimonio comenzó a desintegrarse, sin embargo, a finales de los años cincuenta en Norteamérica, después en el norte de Europa (desde mediados de los sesenta) y por fin en la Europa meridional (y a partir de la mitad de los setenta). La suma de diversos factores económicos y sociales abrió finalmente las puertas del trabajo a la mujer y, por tanto, la mejora de la condición femenina en aquello que lo permiten: la educación, el acceso a dominios típicamente masculinos y la posibilidad de prosperar en la escala laboral.

En España, según datos del Instituto de la Mujer, las mujeres representan el 36,5 por ciento de la población activa, lo que significa que en sólo diez años ha aumentado el número de mujeres activas en más de millón y medio. El peso de la mujer española de la década de los 90 se refleja en el aumento de su presencia en profesiones que requieren una formación superior. Así, a la profesión docente, donde la proporción femenina supera el 60%, le sigue la función pública con el 42%, la profesión médica con el 40% y el mundo de la abogacía y la economía donde las mujeres representan el 20%. La participación de las mujeres en la vida política, deja, en cambio mucho que desear. Aunque se han experimentado cambios sustanciales, la cuota del 50% de poder al que aspiran, parece, tal y como andan las cosas, un objetivo inalcanzable. Pero todo de andarás.

No hace falta remontarse a la prehistoria de «Los Picapiedra» para darse cuenta del largo camino que ha tenido que recorrer la mujer para ganarse el derecho a elegir su propio destino. Queda mucho por hacer, desde luego. Todavía hoy, pese al cambio legal y social en la posición de las mujeres, continúan vigentes elementos del pasado que impiden el antiguo deseo de igualdad entre los sexos. Son muchos los que aún muestran una actitud contraria al trabajo de la mujer por razones de carácter familiar. O los que consideran que la mujer se realiza en su familia y el hombre en su trabajo. O los que justifican las desigualdades sexistas en el trabajo y se rebelan contra la igualdad de oportunidades y de salarios. Pero aunque nos hallamos a medio camino, el proceso parece imparable y a los rezagados, a aquellos que se lo toman con calma, no les va a quedar otro remedio que adaptarse al ritmo de la historia y pasar por el aro.

LECTURA RECOMENDADA:

«*Crónica del pleistoceno o Lo que no contó Engels en El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*». Autor Roy Lewis. Ed. Anaya & Mario Muchnik. 179 páginas. Precio: 1.800 ptas.

Tal y como se afirma en el prólogo que incluye la edición de Anaya & Mario Muchnik, este es uno de los libros más divertidos de los últimos 500.000 años. Pero ahí no acaban sus virtudes: el libro constituye además una lección magistral sobre la historia de la humanidad y está caracterizada por esa límpida ironía propia de la mejor tradición literaria y científica inglesa.

Publicado por vez primera en 1960 y reeditado varias veces con títulos diferentes, «Crónica de Pleistoceno» es una reflexión novelada, aguda y ligera, sobre una familia de hombres-mono a los que les cae la china, y el honor, de tener que dar un empujón decisivo e irreversible a la evolución del hombre. Ernest, uno de los miembros de la familia, narra la lucha feroz que emprende su padre, el jefe de la horda, para no volver a la selva, lo que supondría sacrificar los esfuerzos de cientos de años de evolución y cultura de la Edad de piedra y volver a comenzar como monos en los árboles. Pero el peligro acecha en todas partes y el frío, los volcanes, la niebla asfixiante, los temblores de tierra, la escasez de alimentos y la amenaza constante de depredadores se lo ponen muy difícil. Sin embargo, el deseo de salvar el pellejo, unido a la férrea disciplina que les impone el jefe de familia, hacen que el grupo vaya sorteando dificultades, doblegando enemigos y conquistando cada vez más parcelas de poder. Y de confort. El descubrimiento del fuego y de la lanza mejora considerablemente sus condiciones de vida y pone además alas en sus pies a la hora de avanzar por el duro y tortuoso de la evolución. Afortunadamente, su fe inquebrantable en el progreso les hará llegar aún más lejos: inventan la gastronomía, el arte figurativo, el amor, y el matrimonio. Y con el matrimonio se hará una distribución de roles en función del sexo: la caza queda reservada para el hombre; la cueva, para la mujer.

Luego vendría el tiro con ballesta e, inmediatamente después, el parricidio. Era inevitable.